

Cómo responder a la promesa de la segunda venida de Cristo

Eddie Cloer

A menudo, al igual que usted, me he preguntado cómo será la segunda venida de Jesús. ¿Qué veremos, qué oiremos, qué experimentaremos, cuando Él regrese?

Gracias a las Escrituras, sabemos que Él vendrá «con las nubes» del cielo (Apocalipsis 1.7), acompañado de poderosos ángeles (Mateo 25.31) y en llama de fuego (2ª Tesalonicenses 1.8). Oiremos una gran voz, el sonido de la trompeta de Dios y la voz de un arcángel (1ª Tesalonicenses 4.16). Todo ojo le verá (Apocalipsis 1.7).

Con todas estas verdades juntas, podemos esperar un gran espectáculo de parte de Dios, en el cual se mostrará Su gloria como nunca antes la había visto la tierra. Aun los muertos resucitarán; ellos, también, la contemplarán (Apocalipsis 1.7; 1ª Corintios 15.51–52).

Aunque no podemos saber con exactitud cómo será el regreso de Jesús, sino hasta que este se produzca, sí sabemos lo que hemos de hacer acerca del Segundo Advenimiento. La Biblia no nos dice claramente cómo será el día de Su regreso, pero sí nos dice claramente qué podemos hacer para prepararnos para ese día.

Un pasaje clave sobre este tema es 2ª Pedro 3.10–13:

Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.

En todo pasaje que el Espíritu Santo manifiesta una gran verdad profética, Él siempre la acompaña con una exhortación práctica en cuanto a lo que

hemos de hacer acerca de ella. Este pasaje señala concretamente cómo hemos de reaccionar a la verdad de la segunda venida de Jesús.

HEMOS DE ESPERARLA

El tono y el tenor de 2ª Pedro 3.10–13 está envuelto en la idea de que los cristianos son personas que esperan el regreso de Jesús. Hemos de estar preparados para Su venida todo el tiempo.

Amós advirtió a la gente de su tiempo, con estas palabras: «... prepárate para venir al encuentro de tu Dios» (Amós 4.12). En ese momento se vislumbraba el juicio de la nación de Israel, y Amós dijo: «Lo mejor será que se preparen». Encontrarse con Dios requiere de preparación. Si usted no desea que el regreso de Jesús le tome desprevenido, debe prepararse para ello. Jesús nos instó, diciendo: «Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis» (Mateo 24.44).

Hace una generación, un tema que a menudo usaban los predicadores evangelistas era «Prepárese para el regreso de Cristo». A este tema parece haberse concedido un prolongado permiso para ausentarse. No es difícil hallar las razones. En muchos círculos ya no se considera a Dios un ser relevante. El infierno es una palabra de moda, y el cielo es un chiste en el que se presenta a San Pedro con un manojo de llaves en la mano. El Día del Juicio se considera una superstición medieval. Los hombres ya no creen que están marchando apresuradamente hacia el día de dar cuentas, hacia el Día del Juicio.

A pesar de todo lo que oímos diciendo lo contrario, la Biblia dice que haremos frente a un Juez y a un juicio. Se nos ha dado un inflexible estándar de justicia que se debe cumplir. La Biblia también dice que Ese que viene es el Único que puede prepararnos para Su venida. Solamente estando vestidos de Su justicia podemos comparecer sin falta delante de Su trono.

Jesús viene para llevar a cabo venganza de los que no conocen a Dios y no obedecen el evangelio de Dios:

Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo (2ª Tesalonicenses 1.6–8).

Si usted no ha obedecido el evangelio de Cristo, entonces no está preparado para Su venida. Para obedecer es necesario tener fe en Jesús (Juan 8.24), arrepentirse (Hechos 17.30–31), confesar a Jesús (Mateo 10.32–33), bautizarse para el perdón de los pecados (Hechos 22.16) y andar fielmente en la luz (1ª Juan 1.7).

Leí acerca de un niño que estaba tratando de alcanzar un peso de cuarenta y cinco kilogramos. Mientras yo trataba de pesar menos, él quería pesar más. Su peso andaba por los cuarenta y dos o cuarenta y tres kilogramos, pero no podía alcanzar la ansiada marca de los cuarenta y cinco. Un día que se pesó en la balanza, observó con asombro que había sobrepasado la marca. Y apenas dio un grito de victoria, oyó que alguien se rió detrás de él. Al mirar a su alrededor descubrió que su hermano mayor había puesto un pie sobre la balanza.

Yo me sé un relato mejor que el anterior. Dios tenía una marca que yo no podía alcanzar. Jesucristo, mi Hermano mayor, no solamente agregó Su peso al mío, sino que se puso Él mismo en mi lugar y llevó el castigo por mis pecados. Cuando obedecí el evangelio, fui limpio de mis pecados por Su sangre. Él es el que viene, y el me ha preparado para Su venida. Por el Cristo que vino, yo estoy preparado para el Cristo que vendrá.

HEMOS DE VIVIR PARA ELLA

La segunda respuesta que hemos de dar, en relación con el regreso del Señor, consiste en vivir para este. Pedro nos exhortó a vivir para tal regreso 1) por medio de la purificación y 2) por medio de la unificación.

Purifiquémonos

Jesús dijo que, en vista de que nosotros sabemos que el fin viene y que Su regreso está cada vez más cerca, entonces debemos ser personas que andan «en santa y piadosa manera de vivir» (2ª Pedro 3.11). Esto es lo que leemos en 1ª Juan 3.3: «Y todo

aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro».

Lo que nos limpia de todo pecado es la sangre de Cristo, pero en cierto sentido hemos de purificarnos a nosotros mismos. Santiago nos mandó limpiar las manos y purificar nuestros corazones (Santiago 4.8). Tenemos la responsabilidad de arrepentirnos, de confesar y de abstenernos de los deseos de la carne que batallan contra el alma. Es en este sentido que debemos purificarnos a nosotros mismos. Pablo dijo: «Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo» (1ª Tesalonicenses 5.7–8).

Juan el Bautista preparó el camino para la venida de Cristo, por medio de llamar a la gente al arrepentimiento. Asimismo, nosotros debemos prepararnos para la Segunda Venida, por medio de llamar a la gente al arrepentimiento. Pablo dijo:

Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne (Romanos 13.11–14).

Algunos se han revestido de Cristo al obedecer al evangelio, pero han seguido exponiéndose deliberadamente a la tentación, haciendo preparativos para pecar. Son demasiados los que coquetean con el mundo, que le guiñan un ojo al mal, que hacen juegos con Satanás, que cantan los cánticos de este mundo y dan cabida en su mente a los pensamientos de este mundo.

Vivamos en paz entre nosotros

Para responder a la certeza del regreso de Cristo, debemos vivir para tal regreso, no solo por la purificación, sino también por la unificación. Los cristianos necesitamos unidad; necesitamos estar en paz unos con otros. Pedro dijo: «Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz» (2ª Pedro 3.14). En medio de un comentario acerca de la segunda venida, Pablo dijo: «Tened paz entre vosotros» (1ª Tesalonicenses 5.13b). En Romanos 13.11–14, se nos exhorta a no andar en contiendas y envidia.

¿Qué oímos por toda la tierra? ¿Acaso oímos creyentes que cantan: «Bendito el lazo que nos une»? Muy a menudo, lo que oímos es el ruido de estridente discordia. Los males que se mencionan en el Nuevo Testamento incluyen celos, contiendas y disensiones (1^{era} Corintios 1.10; 3.3). El Espíritu Santo advirtió contra la discordia y la división más que contra otros males que tan rápidamente censuramos.

Yo ruego por «la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4.3). El mensaje de 2^a Pedro 3.13–14 es esencialmente este: «Si ustedes creen que Jesús va a regresar, entonces estén en paz entre ustedes». Una razón por la que yo deseo que el Señor regrese es que, de este modo, pueda tener el gozo de ver a los hermanos morar juntos en unidad. Si creemos que somos peregrinos que vamos juntos en una marcha hacia la presencia de Dios, entonces nuestra comunión debería ser tan dulce como la camaradería cristiana del comienzo, que se consigna en Hechos.

En 1^{era} Corintios 7.29–31, Pablo dio a los cristianos de Corinto algunas directrices para la vida práctica ante la persecución. Las palabras que él escribió también son apropiadas para nosotros, a la luz de la promesa de la venida de nuestro Señor:

Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa.

Si algún significado han de tener estas palabras, ese es que nosotros los cristianos debemos practicar lo que predicamos y conducirnos con una especial sobriedad y seriedad que sea consecuente con lo apremiante de los tiempos. Jesús podría regresar en cualquier momento, y nosotros debemos vivir como esperando que así hará Él.

Una joven misionera contó que en su último año de preparación como enfermera, tuvo el siguiente diálogo con un joven médico:

—¿Realmente cree usted que todos los hombres que jamás han oído de Cristo están perdidos? —preguntó el médico.

—Sí lo creo —respondió ella.

—¿Y cree usted que los que han oído de Él y no le han obedecido están perdidos? —preguntó él.

—Sí lo creo —volvió a responder ella.

—Todo lo que tengo que decir —comentó entonces el médico con un semblante de suma

seriedad—, es que si usted cree así, no puede vivir como vivimos el resto de nosotros.

Si creemos las grandes verdades de los mandamientos de nuestro Señor, y si creemos que Él regresa, no podemos vivir como los demás viven.

Hemos de vivir como peregrinos y extranjeros en este mundo. Si hay alguna verdad bíblica que no se puede separar de la verdad del Segundo Advenimiento, ella es ciertamente la del llamado de Dios a la santidad. Si profesamos la *bendita esperanza*, debemos practicar una *bendita santidad*. Si usted toma con seriedad la necesidad de estar preparado cuando el Señor regrese, se mantendrá limpio de pecado y de las cosas de este mundo.

HEMOS DE TRABAJAR PARA ELLA

Segunda de Pedro 3.12 dice: «¡... esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!». Debemos trabajar para Su regreso. Debemos apresurarnos para la venida del día de Dios. Esto se hace por medio de ganar a los perdidos para Cristo, de modo que, cuando en el reino se haya reunido el número que Dios ha dispuesto, el Señor venga.

Los judíos tenían una expresión conocida: «Si todos los que necesitan arrepentimiento, se arrepintieran, el Mesías vendría». Nosotros podríamos decir de un modo parecido: «Si todas las personas del mundo que necesitan ponerse a derecho con Dios, se pusieran a derecho con Dios, Jesús vendría». Pedro dio a entender de modo implícito que cada vez que ganamos un alma para Cristo, estamos apresurando la venida de Dios, estamos ayudando a que se produzca la segunda venida de Cristo.

Pedro dijo que Dios está demorando el cumplimiento de la promesa del Segundo Advenimiento, para que otros sean salvos (2^o Pedro 3.9). Cuando yo llego a este versículo en clases de reseña del Nuevo Testamento, hago una pausa y pido a todos los estudiantes que se hicieron cristianos el año anterior que levanten la mano. Tal vez cinco o seis la levantan. Luego digo a la clase: «¿Les gustaría saber por qué Cristo no vino el año pasado? Miren a su alrededor. Verán por lo menos cinco o seis razones por las que no vino».

Si nosotros creyéramos seriamente que nuestro Señor podría regresar en cualquier momento, y que ganar almas apresura el día de Dios ¡con cuánto entusiasmo nos estaríamos dedicando al oficio de ganar almas!

El evangelio lleva implícito el evangelismo

en su misma naturaleza. La principal obra que los cristianos debemos llevar a cabo, mientras esperamos Su venida, consiste en llevar a los perdidos a Cristo. La esperanza del regreso de Cristo va acompañada del cumplimiento de la Gran Comisión. Si es verdad que Cristo vendrá y que enviará a la destrucción eterna a todos los que no han obedecido el evangelio, entonces nos entusiasmará el preparar tantas personas como sea posible, para Su regreso.

Jesús dijo: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres» (Mateo 4.19). Es evidente, entonces, que un verdadero discípulo es un ganador de almas; o por lo menos está tratando de ser un ganador de almas. El indicio más acertado de cuán convencidos estamos de la verdad profética se resume en esta pregunta: ¿Qué estamos haciendo para advertir a otros que huyan de la ira venidera?

No basta con lamentar la apostasía que tan vívidamente se describe en el libro de Judas. Ni siquiera basta con edificarnos sobre la fe, orar en el Espíritu Santo, conservarnos en el amor de Dios o esperar la misericordia de nuestro Señor (Judas 20–21). Tenemos un deber adicional. Judas dijo: «A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne» (vers.^{os} 22–23).

Ya es hora de que nosotros nos llenemos de entusiasmo. En primer lugar, como dijo Isaías, debemos asirnos de Dios (64.7), y después asir a otros, con el fin de arrebatarnos de la destrucción.

Crear las solemnes verdades acerca del regreso de Cristo, y seguir satisfechos en medio de un mundo de pecado y de vergüenza, no solo es lamentable; es delictivo. Un soldado moribundo dijo a un capellán: «Si yo creyera una décima parte de lo que usted afirma creer, estaría haciendo diez veces más para ser consecuente con ello». Lo que en realidad creemos no es mayor que lo estamos dispuestos a poner en práctica.

HEMOS DE ANHELARLA

La cuarta respuesta que hemos de dar a la segunda venida es anhelarla.

Pedro dijo en 2ª Pedro 3.12: «... esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios...».

A los Corintios, Pablo escribió: «de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irrepreensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo» (1ª Corintios 1.7–8).

A los Filipenses, Pablo dijo: «Porque de ambas

cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros» (Filipenses 1.23–24).

A los cristianos tesalonicenses, Pablo escribió: «... porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera» (1ª Tesalonicenses 1.9–10).

A Timoteo, Pablo dijo: «Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida» (2ª Timoteo 4.8).

No es de extrañar que Pablo dijo a Tito que debía estar «aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tito 2.13).

¿Es de sorprender que la Biblia termine con una oración en que se pide el regreso del Señor? «Amén; sí, ven, Señor Jesús» (Apocalipsis 22.20b). No hay duda de que debemos anhelar Su regreso.

Es probable que estemos pensando en varios cristianos, que expresan una actitud parecida a esta: «Por supuesto, yo sé que el Señor viene, pero si ya estoy preparado, ¿qué más puedo hacer?». Esta actitud recuerda al moderador de una asamblea que se llevó a cabo en Nueva Inglaterra hace años, cuando un famoso «día siniestro» hizo que miles fueran presa de la histeria, creyendo que el Día del Juicio había llegado. El moderador pidió que se encendieran las velas y prosiguió con los asuntos del día, diciendo: «Si el Señor realmente viene, lo mejor que podemos hacer es ser hallados en el cumplimiento de nuestro deber». Su actitud es elogiosa, pero pasa por alto algo muy importante. Los cristianos neotestamentarios no solo estaban preparados, sino también expectantes, a la espera del regreso del Señor. No solo se nos manda prepararnos, sino también esperar a nuestro Señor. Deberíamos estar «esperando y [apresurándonos] para la venida del día de Dios» (2ª Pedro 3.12).

Una cosa es estar preparado para que alguien venga, y otra es esperar y aguardar con entusiasmo su venida. Quien haya crecido con una hermana, estoy seguro de que recordará cómo ella se preparaba para los visitantes. Cuando se trataba de cualquier amigo, ella se preparaba, pero no le emocionaba de modo especial tal visita. En cambio, cuando esperaba al joven de sus sueños, se

podía notar la diferencia varias horas antes. El proceso de embellecimiento comenzaba por lo menos al mediodía, y a mitad de la tarde ella parecía creer que las manecillas del reloj se habían detenido, de lo lentamente que pasaban las horas.

A uno le causan extrañeza los cristianos que dicen que están preparados, pero actúan como si no importara si Cristo viene o no. La expectación es parte de la preparación.

Es posible emocionarse por la segunda venida, sin entusiasmarse acerca del Señor que viene. Una cosa es el evento, mientras que otra es la persona, y es la persona la que hace posible el evento. Una cosa es esperar que suceda algo, y otra cosa es esperar que venga alguien. Estar más entusiasmado por el evento que por la Persona que hace posible el evento, sería como la novia que está más interesada en el ajuar y en el viaje de bodas que en el novio en sí. Ciertamente, lo más importante acerca del regreso del Señor, es el Señor.

Trate de imaginarse lo que sucede en una puerta de llegadas de un aeropuerto internacional en el momento que llega un aeroplano. Detrás del mostrador de pasajes está un agente de vuelos. Él es una autoridad en horarios de vuelos; él sabe a qué hora debe llegar cada avión. Cerca de allí, en la sala de espera, se encuentra una joven prometida que espera a su futuro esposo en el próximo vuelo. Ella no sabe gran cosa acerca de horarios de vuelos; la única razón por la que está interesada en este avión se debe a la persona que viene en él. Puede que el agente de vuelos sea una autoridad, pero ese día puede haber sido aburrido para él. Él no espera con anhelo a nadie en ese avión. Puede que la muchacha que está en la sala de espera no sea una autoridad en horarios, pero está tan feliz que apenas puede respirar.

La prometida ilustra la actitud que el cristiano debería tener para con la venida de Cristo. En lo que concierne a la venida de nuestro Señor, es posible estudiar el horario ¡y no acertar en reconocer la importancia del que viene! Es posible conocer todos los detalles que se dan sobre Su venida, pero no estar entusiasmados por el Señor que viene.

Hemos de vivir con ansiosa expectación en cuanto a Su venida.

CONCLUSIÓN

Que Dios nos ayude a combinar la doctrina de

la venida de Cristo con el cumplimiento diario del deber práctico, esto es, por medio de esperar Su regreso, por medio de vivir y trabajar para ese regreso, y por medio de anhelarlo. Como dijo Pedro: «Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir...!». Debemos ser un pueblo preparado, un pueblo expectante y purificado que estamos en paz unos con otros. Debemos estar apresurando Su venida en el campo del evangelismo, por medio de trabajar con los perdidos y ganarlos.

¿Quién no ha oído el relato acerca de la esposa que mira por la ventana para darse cuenta de que la vienen a visitar? Y como su casa está desordenada, sencillamente no está preparada para recibir visitas. Entonces ella corre por la casa, tratando de limpiarla en los pocos segundos que le quedan mientras suena el timbre. Si Jesús llegara hoy, ¿le hallaría sin prepararse como aquella esposa? ¿Tendría usted el apremiante deseo de ordenar su casa para Su manifestación? ¡No espere a que sea demasiado tarde!

El biógrafo de G. Campbell Morgan, escribió: «Él anduvo por este mundo con una Biblia en su mano y la idea de la venida de Cristo en su corazón». A menudo, cuando se preparaba para ir a dormir, se dirigía a la ventana y miraba hacia fuera, diciendo en sus adentros: «Esta noche, esta noche, mi Señor podría venir». A veces, en la mañana, se dirigía a la ventana y miraba hacia fuera, diciendo: «Hoy, hoy, mi Señor podría venir». Yo no sé si G. Campbell Morgan en realidad vivió de este modo, pero lo que sí sé es que esta es la forma como todo cristiano debe vivir.

No podemos saber cómo será la segunda venida de Jesús, pero sí podemos saber cómo hemos de vivir en relación con ella. Hemos de esperarla, vivir para ella, trabajar para ella y anhelarla. ◆

El consuelo de Jesús

Juan 14.1-3

No nos desanimemos en nuestra vida como cristianos, porque...

Creemos en Jesús (vers.º 1).

Tenemos un futuro (vers.º 2).

Sabemos que Él vendrá otra vez (vers.º 3).

Eddie Cloer